

Tomás Carrasquilla y Efe Gómez

Letras colombianas

Reunimos en estas páginas para información y solaz del lector chileno, dos hermosas y originales estampas de la industria minera antioqueña, que ha dado motivo para muchos de los ensayos mejor logrados de la literatura colombiana, en la poesía, en la novela, en el cuento. Los dos autores, Tomás Carrasquilla y Efe Gómez, muertos con escasa diferencia de tiempo, tuvieron en Colombia, donde las gentes siguen preocupándose sin intermitencias de las cosas intelectuales, discutida categoría de maestros, a quienes no escatimaron su adhesión y su aplauso ni las más rebeldes y disolventes juventudes. Y es que escribieron en una lengua jocunda y pulida, que presentaba con suntuosidad ideas valerosas y nuevas, no obstante la venerable longevidad que uno y otro alcanzaron. El laboreo de las minas de oro, donde se reune el esfuerzo de los blancos, de los indios, los mestizos y los negros que están fundiendo sus diferencias raciales en el crisol de la democracia americana, ofrece naturalmente campo propicio para el florecimiento de la literatura autóctona, al que han tendido con desigual fortuna en cada uno de nuestros países, los valores más representativos de todos ellos.

MINEROS



ABADO de pago, domingo de cuitas.

No bien asoma el padre Febo, principia la peonada la grátisima faena, preludio de venturas. Por las orillas de la quebrada, junto a la represa de los molinos, bajo los rotos de los mampuestos, por donde quiera que cante el agua, se lavan, se afeitan, se cortan el pelo y se acicalan.

Nunca viera aquel hoyo de Peñoles mañana más contenta y despejada. Aquel pedacito de cielo, azul e immaculado, parece que estuviera precisamente debajo del coro de las vírgenes. Hombres y mujeres, niños y adultos, uno a uno, por hileras, por grupos, toman rostiplácidos el camino de la cercana aldea. Compiten los trabajadores en rumbo, con las ruanas y los pantalones de paño, con las camisas de cordón, con los borsalinos hiperbólicos, y, sobre todo, con los carrieles. ¡Oh el carriel! Es el orgullo del peón minero; la prenda suprema que demuestra la alteza de su dueño. Tal es el carriel, tal vale. A bien que en esta ocasión no van vacíos.

De las casitas, barracas y demás dependencias del establecimiento, que rodean la casa de la empresa como los hijos a su madre, van saliendo, con su prole, los veinticinco o treinta matrimonios que constituyen la clase media de la mina. Las mujeres van calzadas y con paraguas, como para resarcirse de las inclemencias de

sol y suelo, que en la semana han sufrido. Andan las veteranas muy campantes y un tanto patojas las novatas.

El agua, al mover las maquinarias; las vagonetas, al rodar en los rieles; el mineral, al caer en las tolvas, los pisones, al pulverizarlo, cantan con estruendo de cíclope el himno del oro, que el eco repite en la cañada y en la cumbre. En días como éste faltan voces en el concierto gigante: Ni el banco ni el ayunque se escuchan; socavones y aserraderos, aceros y taladros están mudos, mudos dinamitas y fulminantes: descansan todos en el día del Señor. Sólo le alaban con su trabajo los cuatro molineros y hasta siete parejas de acarreadores.

Los pocos ahorrativos o desprovistos que se han quedado en la mina, se dispersan por ahí, en busca de algún baño de chorro entre la selva, de alguna colmena o de cualquiera diversión casual y gratis, para tornar a mediodía a los deportes de saltos o de columpios y a los dulces azares del tute tabaquero. A poco sale la cabalgata de los señores. El Director y el Contador con sus mujeres y el contratista con sus dos hermanas, ambas jóvenes y hermosas. Sólo quedan en casa el sobrestante, la cocinera de los señores y Teresa, jefe suprema de las cocinas de los peones. Ese día se basta ella sola para desempeñar a molenderas, gariteros y demás quemaleñas. La gigantesca mulata está en el corredor remendando unas sayas, mientras

crepitan los troncos de a metro bajo los ollones casi vacuos. Parece una vaca sentada.

Frente a ella, entre el fango del patio, retoza Severiano Castañeda, su ilustre hijo. Es el mismo de señores y peones. Figuráos un Cupido negro, de un año, en pura bola, con una cuenta azul en el pescuezo, «para que no lo ojeen». Gatea, perrea y diablea a carcajada tendida, señalando con el dedito de ébano a mariposas y escarabajos. «Ve, chucho». Todos son chuchos. Así y todo, se come cuanto coge. Ni el sol ni el aguacero detienen a este foragido, que se raja de puro gordo y se descuaderna de puro alegre. Trepas por los bancos, baja por las zanjas, le tira la cola a los marranos y destroza cuanto agarra. El Cuarto, como le llaman los peones, disfruta con soberana realeza, la dicha del vivir. Si Joy yace en el estercolero de la desgracia, El Cuarto se revuelca en él de toda felicidad. Cuando algún gañán le pone en el chorro, da gritos de regocijo, cual si fuese un ángel con la perra alegre.

Josué, el sobrestante, lee en el balcón, a la sombra de un granadillo, que ondula de poste a poste. Está embebido en los percances de «Gil Blas»; mas de pronto una desafinación enorme en el coro, lo saca de la cueva del capitán Rolando, al mundo antipático de la realidad. «El molino grande entucado. ¡Maldito sinvergüenza!» Y tras unos tacos de arriero envigadeño, se desgaja como un alud. ¡Qué molinero, ni qué cañafístula! El grandísimo tal por cual, duerme la mona, una mona fulminante, con la tranquilidad de un

bendito. Insultos, horrores, puntapiés. ¿A quién? Gritos de alarma a los acarreadores del mineral. Como un tira carrateadero abajo, en busca de ayuda en los otros molinos. ¿Y qué topa? Que los tres se han juntado de jolgorio con el Hermano Contrabando; que uno de ellos se ha caído al cárcamo de una rueda y que no se lo ha mascado porque hay un dios protector de los borrachos. Ileso ha salido de las garras de la fiera. ¡Lástima de tiro! ¿Quién les ha traído el tósigo? Por detrás de una piedra, que en una de las plazas campea, ve revolar una como falda. Se asoma. Sí señor: ¡la dijunta Herminia tenía que ser! ¿Cuál otra, sino? Iba a denunciarla al instante, ante el estanquero de San Julián, La infame, no contenta con sus venenos, quería propinarles, encima, la quintaesencia del fique. Sería por lo linda y por lo sana. ¡Chucha mantequera más desafortada que la tal dijunta! Difunta llama él a las infelices mujerzuelas de la mina. En cuanto a los molineros, no trabajaban ese día porque no les da su real gana. Muy bien. Ya verían los borrachones con la multa y la bombeada. ¿Qué hacer? Quitar ante todo el agua y almorzar luego, porque el hambre nada bueno inspira.

¡Qué sensación tan extraña se experimenta en ese hueco, con aquel silencio! Dijérase que el genio del oro se ha escapado de aquellos vericuetos. El cerro del filón, con todos los palmares que lo coronan, con todas las entradas y galerías que le socavan, parece un cuerpo sin alma.

Los catorce vagoneros están en el corredor de la cocina apurando aquellos platados de sancocho, con ese hambre envidiable del jornalero. ¡Y qué migotes de arepa en ese caldo, constelado de ojos! ¡Qué estilo para comerse aquellas presas, hebra a hebra! El Cuarto, todo zalamería y adulaciones, se arrastra ya hacia el uno, ya hacia el otro. Todos le dan. Más que comerse la bazofia se la refriega en su carita de canturrón. En cuanto se sacia; vuélvese al patio y se entrevera con unos patos y una clueca que escarba vocinglera, con sus once pollitos, que aun conservan la horma de donde han salido. El Cuarto está también clueco de contento. En el barranco que limita el banqueo de triangular patinejo, vigilan las gallinazas con su astucia y perseverancia. Un peón tira un nervio al patio. Saltan ansiosas las aves carniceras, mas un pollo lo atrapa al vuelo. Tratan de arrebatárselo, y la clueca se enfurece. Lid homérica se traba. Cada aletazo es mortal, cada croagido, un grito de coraje. Los patos huyen enloquecidos. Severiano, presa del espanto, es arrollado: da un alarido y choca contra un pedrisco. Un peón vuela. Le alza; pero está seco. Le sacude, le agita. Echa sangre por las narices, mas no respira. Le rodean, tiran de sus brazos, de sus pies. Teresona grita como una loca. Cual si el llanto de su madre le volviese a la vida, grita a su vez el nene. Abre unos ojazos, se entiesa y queda como muerto. De pronto un temblor fatídico le recorre el cuerpecito. Hace contorsiones. Se le dislocan los ojos y la boca. Aparece en

ella algo como espuma. Josué acude, le pone en el chorro, y vuelve. ¡Cantemos al Señor! ¿Conque El Cuarto estaba pasando el páramo? Pobrecito El Cuarto. Y El Cuarto es tal que tiene cara de reírse.

Endomíngase el empleado a la carrera, y, andariamente, toma camino de San Julián. Recorre en un periquete las treinta y cinco cuerdas de travesía. Don Caliente, el patrón—así llamado por su entereza—va a comérselo vivo; ¡pero qué remedio! La empastrandada peonada le aclama en cuanto asoma. «¡Un trago para don Josué!». No despreciar a nadie, que «es con gusto». «¡Los negros semos negros, pero los gusta atender al blanco, cuando vale!». «¡Gracias, San Benito! Dentro de un momento». Todos se lo disputan para obsequiarlo. ¡Para festejos estaba él! A buscar a Don Caliente. Al fin le topa en gestiones con el Alcalde. «Con su permiso: una palabra». Expone y el patrón se vuela. ¡Mentarle a él la bruja de la mina! Ahí mismo pide dos gendarmes para que le cojan la vagamunda. ¿De dónde? Los tres del poblacho (dos de ellos pagados por la empresa de Peñoles) no dan abasto a este ganado minero que tiene hoy el diablo adentro. «Barajo, don Pedro, con el aguardiente de hoy». En verdad: apenas es la una, y ya tieuen cinco en el cepo y varios en remojo. Hasta la difunta Jacinta, la estrella de Peñoles, está de candidata. Le ha dado el anís por unos celos otelunos y

ha jurado cortarle la «cara de mica» a una buñolera que va a la mina a vender su mercancía.

El estanquero tiene dos ayudantes y está en sus glorias, porque en domingos como ése casi toda la plata del pago se queda en el estanco. Mientras él goza, a los cuatro tenderos se los lleva el Diabolo con los malostratos y los malapaga. Unos rasgan sus tiples, puntean sus guitarrillos y dan al viento bambucos y guabinas. Otros, que tienen la susceptible, rabulean, patiabiertos y manoteadores, porque el compadre Fulano, o el Mengano han querido ofenderlos. Estos se desafían como unos Ciranos. Tornan a desafiarse de ahí no pasan. Aquéllos quieren que les reciban copas las niñas de la cantarilla, el Cura y la señora del patrón. Los tomatragos se bambolean por las tres calles y por el mercado, con el chicote en la boca, babiándose y escupiendo que es una gloria. Con sus lenguas trabadas ponen en solfa a las elegantes de San Julián, por sus trajes y atavíos. ¡Eso para la minal! ¡Ahí si había lujo y gentel! Las dos hermanas Cifuentes tienen ambas la llorona y se querellan con sus maridos, porque, en vez de echarles un trapo encima, se lo dejan todo a esos logreros de la renta que no les dejan sacar tan siquiera una media. ¿Pues y los idilios? Díganlo el ventorro de El Mico y el mesón de ña Simona. A todo esto brama de coraje el señorío egregio de San Julián, con tanta sinvergüenzona; y el Alcalde husmea y el Cura se confunde.

El sol, tan inmoralote y tranquilo, realza con sus

prestigios toda esa charla del Hermano Trago. Relumbran los platanares, relumbran los arroyos de las calles, las paredes, las cumbres, y hasta los techos grises de astilla de roble brillan como brasas con pavesa.

Detrás de las cuatro señoras de la mina van las serranas pasmándose con los trajes y los sombreros; mientras los mancebos contemplan a las dos niñas como seres de otro mundo. ¡Qué desgracia ser un triste montañero!

A falta de comisarios, hace el Alcalde tres vasallos, y les arma de horquetas para que ayuden a Josué a someter los molineros y le lleven al punto a la feroz contrabandista. Hallan a los cuatro como unos troncos. La difunta Herminia, ni vista ni oída. Buscan a Tigre, contrabandista de atices e íntimo de la maga. Tampoco. Indagan. Ambos han sacado sus corotos. Han huído de ese ambiente donde todo contrabando es perseguido.

Desde las cinco principian las autoridades de San Julián la ardua tarea de arrear para la mina aquella recua de borrachos. Sólo quedan en el pueblo los encarcelados. Los tres comisarios, los horqueteros y el Alcalde en persona los conducen hasta verlos en sus lares.

Las niñas contemplan desde el balcón la llegada de esa gente. Cómo gozan al verlos destacados en el alto, con aquel irse y venirse, con aquellos ademanes y aquel quitarse de la ruana; cómo se burlan de las mujeronas que bajan que ni muñecas de trapo.

A poco llega la cabalgata de los señores, a tiempo que a Severiano le vuelve el ataque. El Cuarto, el negrito tan hermoso y tan simpático, queda epiléptico.—TOMAS CARRASQUILLA.

LA TRAGEDIA DEL MINERO

Es de noche. La luz de una vela de sebo del altar de los retablos lucha con la sombra. Están terminando de rezar el rosario de la Virgen Santísima. Todos se han puesto de rodillas. Doña Luz recita con voz mojada en la emoción de todos los dolores, de todas las esperanzas, de las decepciones todas de su alma angustiada, crucificada por la vida, la oración que pone bajo el amparo de Jesucristo, a su familia, a los viajeros, a los agonizantes, a los amigos y a los enemigos: a la humanidad entera.

Se oyen pisadas en los corredores del exterior. Se entremiran azorados. Se ponen de pies. Se abre la puerta del salón y, van entrando, descubiertos, silenciosos, Juan Gálvez, los Tabares, padre e hijo, y los dos Restrepos. Son los mineros que se fueron a veranear a las selvas de las laderas del remoto río que corre por arenales auríferos. Se han vuelto porque el invierno se entró.

—¿Y Manuel?, pregunta doña Luz
Silencio.

—¿Se quedó de paso en su casa?

—No, señora.

—¿Y entonces?

Silencio nuevo.

—¿Pero qué pasa? Su mujer lo espera por instantes . . .

Quiere — naturalmente — que esté con ella en el trance que se le acerca.

—¡Pobre Dolores!—dice la Micaela—. De esta llenada de la luna no pasa.

A Juan Gálvez empiezan a movérsele los bigotes de tigre: va a hablar.

—Que se cumpla la voluntad de Dios, señora—dice al fin—. Manuel no volverá.

—¿Qué hubo, pues . . . ? ¡Cuenta por Dios!

—Mire, señora. Eso fué horrible. Ya casi terminaba el verano . . . y ni un jumo de oro. Cuando una mañanita, cateamos una cinta a la entrada de un organal . . . y empezamos a sacar amarillo . . . Y la cinta a meterse por debajo del organal . . . La señora no sabe lo que es un organal . . . Son pedrones sueltos, redondeados, grandísimos . . . amontonados cuando el diluvio, ¡pero qué pedrones! como catedrales, como cerros . . . ! ¡Y qué, montones! Con decirle que el río, que es poco menos que el Cauca, se mete por debajo de un montón de esos . . . y se pierde. Se le oye mugir allá . . . hondo. Uno pasa por encima, de piedra en piedra. El otro día, por tantear que tan hondo pasa el río, dejé ir por una grieta el eslabón de mi avío de sacar candela: Y empezó a caer de piedra en pie-

dra... a caer de piedra en piedra... a chilinear: trin, tirirín... allá estará chiliniando todavía.

Por entre las junturas de las piedras, íbamos arrastrándonos desnudos, de barriga, como culebras, detrás de la cinta que era un canal angosto. Llegamos a un punto en que no cabíamos... Ni untándonos de sebo pasaba el cuerpo por aquellas estrechuras. Manuel dió con una gatera por donde le pasaba la cabeza. Y él, que era el más menudo, pasó, sobándose la espalda y la barriga. Taqueamos en seguida las piedras, como pudimos, con tacos de guayacán.

—Aquí va la cinta, dijo Manuel, y al otro lado. Le echamos una batea de las chiquitas: las grandes no cabían. La llenó con arena de la cinta.

—¿Qué opinas, viejo?—me dijo cuando me la devolvió por el agujero por donde había pasado, llena de material.

—Mira, se ven, así en seco, los pedazos de oro. En este güeco está el oro pendejo. ¡Pa educar mis muchachos! ¡Pa dale gusto a Dolores...! Y pegó un grito de los que él pegaba cuando estaba alegre, que retumbó en todo el organal, como un trueno encuevao.

Los compañeros salieron a lavar, afuera, a las bocas del socavón, la batea que Manuel acababa de alargar-me. Yo me puse a prender mi pipa y a chuparla, y achuparla... cuando de golpe, ¡trañ! Cimbró el organal, y tembló el mundo. Del susto metragué la pipa que tenía entre los dientes. La vela se me cayó, o también me la tragaría. Me quedé a obscuras... ¡y

las prendo! Tendido de barriga, corría, arrastrándome, como si me hubiera vuelto agua y rodara por una cañería abajo. No me acordé de Manuel... pa qué sinó la verdá.

—¡Bendita sea la Virgen!, dijeron los que estaban afuera, lavando el oro, cuando me vieron llegar. Creíamos que no había quedado de ustedes, mano Juan, ni el pegao.

—¿Y qué fué lo que pasó?

—Es que onde hay oro, espantan mucho.

—¿Y Manuel?

—Por ai vendrá atrás.

Nos pusimos a aclarar el cernidor. Era tanto el oro, que nos embelesamos más de dos horas viéndolo correr, sin reparar que Manuel no llegaba.

—¿Le pasaría algo a aquél?

—Allá estará como nosotros, embobao con todo el amarillo que hay en ese güeco.

—Vamos a ver.

Y empezamos de nuevo a entrar, tendidos, de punta como lombrices. Pero alegres, deshojando cachos. Porque el oro emborracha. Se sube a la cabeza como el aguardiente.

Llegamos al punto en donde habíamos estado antes.

—Pero qué sustico el tuyo, Juan. Mira donde dejaste la pipa, dijo Quin Restrepo con una carcajada.

—¡Y la vela!

—¡Y los fósforos!

—Fíjate a ver si dejó también las orejas, este viejo flojo.

—¡Y quién le oye las cañas!

—¡Pero qué fué esto Dios! Vengan, verán. Gritó Penagos.

—¡A ver!

Nos amontonamos en el lugar en que estaba alumbrado con la vela. ¡Qué espanto, Señor de los Milagros! Nos voltiamos a ver, unos a otros, descoloridos como difuntos. Los tacos de guayacán que sostenían las piedras que formaban el agujero por donde Manuel entró, ¡se habían vuelto polvo! del agujero no quedaba nada: ciego, como ajustado a garlopa.

—¡Manuel...! Grité.

Nada.

—¡Manuell

Nada.

Volví a gritar, arrimando la boca a una grieta, por donde cabía apenas la mano de canto:

—¡Manuel!

—¡Oooh! Respondieron al mucho rato, por allá desde muy hondo.

—¿Qué hubo hombre?

—A mí déjenme quieto.

—¿Pero qué fué hombre?

—Por mí no se afanen. Yo ya no soy de esta vida.

—¿Qué pasa hombre, pues?

—Encerrado como en el sepulcro... De aquí ya

no me saca nadie... Sacará, Dios, el alma cuando me muera... Si es que se acuerda de mí.

—Buscá hombre. Tal vez quedará alguna juntura, por onde...

—He buscado ya por todas partes... Los pedrones juntos, apretados..., ¡y qué pedrones! ¡tengo una sed!

Inventamos un popo, por onde le echamos agua y cacaíto.

Así nos estuvimos ocho días: callaos, mano sobre mano, como en un velorio.

Si tuviéramos dinamita—pensábamos—volaríamos el pedregón que rompió los tacos... Pero como todos los pedrones están sueltos, sostenidos unos con otros, el organal se movería íntegro, se acomodaría cada vez de manera diferente... y nos trituraría a todos... o nos dejaría encerrados...

Y lo horrible fué que se nos acabaron los víveres. Manuel lo adivinó. ¡Con lo avisgado que era!

—Váyanse muchachos... ya hay agua aquí. Con el invierno ha brotado entre las piedras. Déjenme los tabacos que puedan, fósforos y mecha y... váyanse... ¿Qué se suplen con estarse ai...? Váyanse, les digo. Déjenme a mí el alma quieta: ya yo estoy resignao a mi suerte. Lo único que siento, es no conocer al hijo que va a nacer, o que me habrá nacido ya. ¡Pobrecito güérfano...! Me le dicen a doña Luz que ai se los dejo... a él y a Dolores. Que los cui-

de como a propios . . . y no me llamen más, porque no les contesto . . .

¿Qué hacíamos, pues, nosotros? Venirnos y dejarlo; ¡cosa más berrionda!

Y el viejo Juan, con un movimiento brusco, se puso el sombrero y se agachó el ala para taparse los ojos. Lloraba.

La puerta del exterior se abrió con estrépito.

Y entra Dolores, pálida, la piel del rostro bello pegada a los huesos, los ojos enormes, extraviados, trágicos.

Todas son patrañas. Todo lo he oído . . . Me voy por Manuel. ¡Ya! Cobardes, que dejan a un compañero abandonado. ¡Quién oye al viejo Juan! ¡Viejo infeliz! Traeré a Manuel. Lo que cinco hombres no pudieron lo haré yo . . . y ustedes, sinvergüenzas, tiren esos pantalones y pónganse unas fundas. ¡Maricos . . . !

Abre los brazos, da un grito y cae al suelo, retorciéndose entre los dolores del parto.

Se alza doña Luz, severa, enérgica, bella y hace salir a los hombres y a los niños.— EFE GOMEZ.